

«No hay ninguna duda que es una cosa muy mal hecha y prohibida bajo todos conceptos, cometer un mal cierto y seguro por la sola esperanza de que de él pueda resultar algun bien. Porque en efecto, ¿se encontraria algun hombre sensato, que dijera que el veneno puede despacharse, venderse, transportarse públicamente y hasta beberse, tan sólo porque hay un remedio por medio del cual algunos logran escapar á la muerte?

«La disciplina de la Iglesia, en sus esfuerzos contra la plaga de los malos libros, fué muy diferente en tiempo de los Apóstoles, de quienes leemos que hicieron quemar en público una gran cantidad de libros. Baste para el objeto revisar las leyes expedidas en el quinto concilio de Letran, y la constitucion que dió despues Leon X, nuestro predecesor de feliz memoria, para impedir *que lo que ha sido cuerdamente inventado para el aumento de la fe y propagacion de las ciencias útiles, no se emplee en contra de las mismas ni perjudique á la salvacion de los fieles.* Esto fué tambien uno de los más importantes asuntos de que trataron los Padres del Concilio de Trento, quienes remediaron tan grande mal con su sano decreto sobre el *Índice* acerca los libros que contengan mala doctrina. Clemente XIII, nuestro predecesor de feliz memoria, en sus cartas encíclicas sobre la proscripcion de los libros peligrosos, dice: *que se debe combatir con tanta fuerza, como lo exige el asunto, y trabajar tanto como se pueda en destruir esta mortal peste; y que sólo entregando á las llamas los principios criminales de la depravacion se puede destruir la materia del error.* Al ver la constante solicitud con que la santa Sede en todo tiempo se ha esforzado en condenar todo libro sospechoso y perjudicial, y arrancarlos de manos de los infieles, se comprende cuán falso, temerario é injurioso es á la Santa Sede, y cuán fecunda en males para el pueblo cristino es la doctrina de aquellos, que no solamente desprecian la censura de los libros como un yugo demasiado pesado, sino que han llegado á tal punto de malignidad, que la proclaman en oposicion á los

principios de derecho y equidad, atreviéndose á negar á la Iglesia el derecho de ordenarla y ejercerla.

«Hemos sabido que entre el pueblo cunden escritos, sembrados de ciertas doctrinas, que debilitan la fidelidad y la sumision debida á los príncipes, y encienden en todas partes las llamas de la revolucion; debe, pues, procurarse con todo empeño que los pueblos así seducidos no se aparten de la línea del deber. Consideren todos con este motivo que, segun dice el Apóstol, *no hay poder que no venga de Dios; que los que existen han sido establecidos por Dios; y que por consiguiente el que resiste al poder resiste á la órden de Dios, y que los que la resisten se atraen ellos mismos la condenacion.* ¿De qué proviene que tanto las leyes divinas como las humanas reclamen contra los que, por medios revoltosos ó de sedicion, se esfuerzan en arrebatar la fidelidad debida á los príncipes y en precipitar á los mismos del trono?

De ahí proviene que los antiguos cristianos, para no mancillarse con tan vergonzosa falta, no cesaron, ni aun en medio de las persecuciones, de servir como debian á los emperadores, y de trabajar por el bien del Estado, no tan sólo con su fidelidad en hacer con cuidado y prontitud todo cuanto se les ordenaba, con tal que no fuese contrario á la religion, sino que tambien con su valor, derramando por ellos su sangre en los combates. *Los soldados cristianos, dice san Agustin, servian á un emperador infiel; pero, si se trataba de la causa de Jesucristo, no reconocian más que á Aquel que está en los cielos. Distinguian el Dueño eterno del temporal, y por consideracion al Dueño eterno eran sumisos al temporal.* Este era el constante pensamiento del invencible mártir Mauricio, jefe de la legion Tebea, al responder el emperador, segun cuenta san Euquerio: *Somos ¡oh príncipe! vuestros soldados; pero tambien confesamos libremente que somos siervos de Dios..... Sabemos que nuestras vidas están amenazadas, y á pesar de esto ninguno de nosotros trata de sublevarse; tenemos armas y no nos resistimos, y es porque preferimos morir antes que matar.* Esta

fidelidad de los antiguos cristianos brilla con mucho más esplendor, cuando con Tertuliano advertimos que los cristianos en aquellos tiempos no eran *los menores ni en número ni en fuerza, si hubiesen querido demostrarse enemigos declarados. Sólo existimos de ayer*, dijo Tertuliano, *y ya lo ocupamos todo: vuestras ciudades, islas, fortalezas, municipios, asambleas, campos, tribus, decurias, palacio, senado, Foro..... Si no hemos estado prontos á combatir, aunque con fuerzas desiguales, nosotros que voluntariamente nos dejamos degollar, es porque nuestra religion nos obliga á morir antes que matar. Si los nuestros se hubiesen alejado de vosotros, yéndose á regiones apartadas, la pérdida de tantos ciudadanos de todas clases hubiera cubierto de confusion vuestro poder y lo hubiera castigado con solo este abandono. Sin duda alguna os hubiese asustado vuestra propia soledad..... hubieseis buscado á quién mandar, y os hubierais quedado con más enemigos que ciudadanos; al paso que ahora teneis menos enemigos por la multitud de cristianos que os rodean.*

«Estos hermosos ejemplos de sumision voluntaria á los príncipes, consecuencia necesaria de los santos preceptos de la religion cristiana, condenan la detestable insolencia y la malignidad de los que, exaltados por el inmoderado ardor de una audaz libertad, sólo quieren combatir y aniquilar los derechos de todo poder, para introducir bajo la máscara de libertad, la esclavitud de los pueblos. Este mismo fin se propusieron alcanzar las culpables ilusiones y todos los proyectos de los Valdenses, de los Beguardos, de los Wiclefitas y demás hijos de Belial, que fueron el opropio del género humano, y contra quienes la Sede Apostólica lanzó muy á menudo terribles anatemas. Con este mismo fin aspiran esas turbas á felicitarse con Lutero de *estar libres de todos*, y para conseguirlo más fácilmente y más aprisa, intentan audazmente las más criminales empresas.

«No podríamos esperar nada bueno para la religion y para los gobiernos de los votos que forman los que desean se separe la Iglesia del Estado, y se rompa el

mútuo acuerdo del imperio con el sacerdocio; pues es muy cierto que los partidarios de una libertad desenfrenada temen este acuerdo, que es tan favorable y provechoso á los intereses de la religion y de la autoridad civil.

«A todas estas causas de amargura que nos afligen é inspiran un vivo pesar á la vista del conocido peligro, vienen á juntarse ciertas asociaciones ó reuniones, en las que se juntan toda clase de personas de diferentes religiones, y en donde, bajo la apariencia de respeto por la verdadera religion, aunque en realidad con un secreto deseo de todo lo nuevo, y con el fin de evitar conspiraciones, preconizan toda clase de libertad, excitan los ánimos contra el bien de la Iglesia y del Estado, y destruyen la autoridad de todo lo sagrado.

«Con un vivo dolor, aunque tambien con gran confianza en Aquel que manda á los vientos y devuelve la calma, os escribimos, venerables Hermanos, todo lo que antecede, para que cubriéndooos con el escudo de la fe, os esforcéis más y más en batallar las batallas del Señor. A vosotros más que á nadie es á quien toca anteponer un fuerte muro contra todo lo que se levanta contra Dios. Usad de la espada del Espíritu, que no es otra que la palabra de Dios, y que se sacien de ella los que se hallen acosados por el hambre. Habeis sido llamados para que fuerais diligentes obreros en la viña del Señor, y debeis trabajar en arrancar de ella toda raíz perniciosa, para que limpio el campo de lo que pueda perjudicarle, dé abundantes semillas de toda clase de virtudes; debeis abrazar en vuestro afecto paternal á los que se dedican á las ciencias eclesiásticas y á las cuestiones de filosofia, haciéndoles comprender con vuestras exhortaciones, que no deben fiarse imprudentemente en las solas fuerzas de su propio espíritu, el que desviándolos de la senda del bien los arastraría á los caminos de la impiedad. Recuerden siempre que Dios es *el guia de la sabiduría y el reformador de los sabios*, y que es imposible conocer á Dios sin Dios,

quien por medio del Verbo enseña á los hombres á conocer á Dios. Querer apreciar por medio de humanas consideraciones los misterios de la fe, superiores á todo entendimiento, ó querer fiarse de nuestra razon, débil ya de sí, es propio sólo de un insensato ó de un orgulloso.

«A este laudable fin pueden tambien contribuir mucho los príncipes, favoreciendo los votos que formulamos para bien de la Religion y del Estado, con todo su poder y autoridad, considerando que han recibido estos dones no tan sólo para el gobierno de este mundo, si que tambien para defender á la Iglesia. Piensen sériamente que todo lo que tiende al bien de la Iglesia contribuye al aumento de su poder y tranquilidad. Que se persuadan que debe serles más grata la causa de la religion que la del trono, y con el Pontífice Leon les diremos que mucho les importa que la mano de Dios añada á su diadema la corona de la fe. Instituidos como padres de los pueblos, podrán darles largos períodos de paz y tranquilidad, si procuran conservar intacta la religion y la piedad para con Dios, el que lleva escrito en su muslo: *Rey de los reyes y Señor de los señores.*

«Y para que todo esto se efectúe, elevemos nuestros ojos y manos á la santísima Virgen María, única que ha destruido todas las herejías y el más poderoso motivo de nuestra esperanza, que implore por su valimiento en medio de las apremiantes necesidades del rebaño del Señor, para que tengan nuestros esfuerzos un favorable éxito. Con humildes instancias y oraciones suplicamos á Pedro príncipe de los Apóstoles, y á Pablo su colega en el apostolado, que con inquebrantable firmeza impidan que haya en la fe otro fundamento que el que se ha establecido; y con la dulce esperanza de que el Autor y Consumador de nuestra fe, Jesucristo, nos consolará en las grandes tribulaciones que nos abruman por todas partes, os damos afectuosamente á vosotros, venerables Hermanos, y á las ovejas confiadas á vuestro socorro, nuestra bendicion apostólica, prenda de eterna salvacion.»

III.—*Enciclica de nuestro Santísimo Padre el Papa Gre-*

gorio XVI, condenando las Palabras de un Creyente de M. de Lamennais. 24 junio 1834.

«Hemos tenido un especial gozo al recibir las nobles pruebas de fe, obediencia y religion que en todas partes han acompañado á la recepcion de nuestra carta encíclica del 18 de agosto de 1832, en la cual, segun es nuestra obligacion, expusimos la verdadera doctrina y la que únicamente se debe seguir en todos los puntos que en ella se encuentran determinados. Aumentóse mucho nuestro contento con las declaraciones, que con este objeto hicieron imprimir algunos de los que habian aprobado los consejos y opiniones erróneas, de las que tanto nos lamentamos, y de cuyas opiniones se habian constituido inconsideradamente como los autores y defensores. Mucha verdad es que no dejábamos de comprender que el mal, lejos de haberse destruido, se fomentaba más y más, segun lo presagiaban sin máscara alguna los impudentes libelos esparcidos entre el pueblo y ciertas conspiraciones tenebrosas, las que fueron severamente reprobadas por nuestras cartas del mes de octubre, dirigidas á nuestro venerable Hermano el Obispo de Rennes. Mas en medio de nuestra ansiedad y viva sollicitud, nos ha complacido en alto grado el ver que el mismo que era la causa primordial de nuestro pesar, reconociera en términos formales, con la declaracion que nos dirigia el 11 de diciembre precedente, que se atenia *pura y simplemente* á la doctrina contenida en nuestra encíclica, y que no escribiría ni aprobaría nada que fuese contrario á la misma. Al momento abrimos las entrañas de nuestra paternal caridad á este hijo, que tocado por nuestras observaciones, debia inspirarnos la confianza de que iria dando cada dia mayores pruebas de su perfecta sumision á nuestra sentencia.

«Pero, lo que apenas parecia increíble, es que aquel, á quien recibimos con tan afectuosa bondad, olvidando nuestra indulgencia, ha abandonado muy pronto su resolucion y ha desvanecido la lisonjera esperanza que tenía-

mos de ver fructificar en él nuestras doctrinas, al saber que con el título de *Palabras de un Creyente* ha publicado una obra en lengua francesa; que esta obra, pequeña en volúmen, aunque grande en perversidad, se ha difundido por todas partes, y que su mismo autor la ha hecho imprimir recientemente sin poner en él su nombre, aunque no por eso dejan de publicarlo las hojas públicas.

«Sobrecogidos de horror nos hemos quedado, venerables Hermanos, desde el primer momento que lo han visto nuestros ojos, y hemos deplorado la ceguedad del autor, puesto que hemos comprendido á dónde va á precipitarse la ciencia que no es de Dios sino del mundo. En efecto, faltando á la promesa solemne que dió en su declaración, el autor trata las más de las veces, con ocultas y con falsas imágenes, de atacar y destruir la doctrina católica, definida en nuestra ya mencionada carta, tanto en lo que se refiere á la sumision que se debe á las autoridades, como en lo que mira á apartar de los pueblos la contagiosa plaga del indiferentismo, y poner un freno á la desordenada licencia de las opiniones y palabras, y tambien en cuanto á condenar la ilimitada libertad de la conciencia y la horrorosa conspiracion de los sectarios de las religiones falsas contra todo lo sagrado y el orden público.

«Nuestro espíritu se resiste á recorrer todas estas páginas, en las cuales el autor se esfuerza en romper los lazos de fidelidad y sumision para con los príncipes, avivando por doquiera la llama de la revolucion, con el fin de destruir el orden público, inspirar desprecio á los magistrados, infringir las leyes y aniquilar todos los elementos de la autoridad espiritual y civil. En ellas, con nueva é inicua ficcion y por medio de monstruosas calumnias, representa el poder de los príncipes como contrario á la ley de Dios, y hasta como la *obra del pecado* ó el *poder de Satan*, y califica con los mismos infames epítetos á los miembros del clero que á los príncipes, á causa de la alianza de crímenes y esfuerzos, que en su imaginacion

sueña que existe entre unos y otros con menoscabo de los derechos del pueblo. No contento de tanta audacia, alaba la ilimitada libertad de opiniones, palabras y conciencia; desea próspero resultado á los militares que deben combatir á *la tiranía* para conquistarla, y con ciego furor conjura á las asambleas y asociaciones de todos los pueblos del mundo, haciéndonos comprender con sus inauditos esfuerzos hasta qué punto desprecia nuestros avisos y sentencias.

«Al recordar las aseeraciones, capaces cada una de por sí de turbar las cosas divinas y humanas, que contiene esta impía y audaz obra, no podemos menos de sentir en nosotros un gran rubor; pero lo que más excita nuestra indignacion, y lo que la religion no puede tolerar, es que el autor se sirva de los preceptos sagrados para sostener tantos errores y exponerlos despues á la vista de los imprudentes; y que para desviar á los pueblos de la obediencia á las leyes, fingiéndose enviado é inspirado de Dios, despues de empezar invocando el santísimo nombre de la augusta Trinidad, emplea por todas partes las sagradas Escrituras, y cambia, con tanta astucia como audacia, el verdadero sentido de las palabras de Dios, con el fin de inculcar en los espíritus sus funestas extravagancias para, como dice san Bernardo, *derramar tinieblas en lugar de luz, y en vez de miel, ó mejor en la misma miel, dar á beber el veneno, forjando un nuevo evangelio para los pueblos y reemplazando el fundamento establecido por otro nuevo.*

«Mas, como Aquel que nos ha puesto como vigilante centinela de Israel, nos prohíbe callar cuando tan directamente se ataca á la religion, y nos manda que preservemos del error á aquellos que Jesucristo, autor y consumador de la fe, ha confiado á nuestro socorro, de aquí proviene que despues de haber oido á algunos de nuestros venerables Hermanos, los cardenales de la santa Iglesia romana, por nuestra propia iniciativa, y en virtud de la plenitud del poder apostólico, reprobamos, condenamos,

queremos y decretamos que se tenga siempre por reprobado y condenado el libro titulado: *Palabras de un Creyente*, por el cual, á causa de su abuso impío de la palabra de Dios, se excita á los pueblos á disolver los lazos del órden público, á destruir la autoridad civil y religiosa, á suscitar, fomentar y corroborar las sediciones, tumultos y revoluciones en el Estado; conteniendo por consiguiente este libro proposiciones respectivamente falsas, calumniosas y temerarias, que conducen á la anarquía, y siendo todas ellas contrarias á la palabra de Dios, por ser impías, escandalosas, erróneas, y por haber ya sido condenadas en la persona de los Valdenses, Wiclefitas, Hussitas y en otros herejes de esta clase.

«Vosotros sois, venerables Hermanos, los que más que nadie debeis secundar con vuestros esfuerzos el mandato que hemos dado, mandato que reclama poderosamente la salvacion y seguridad de las cosas sagradas y civiles, puesto que tendiendo este escrito á destruir, no se haga más pernicioso, favoreciendo el amor desordenado á culpables novedades, á semejanza de las enfermedades contagiosas que esparcen á lo lejos sus terribles estragos. Es para nosotros una sagrada obligacion insistir en el mantenimiento de la sana doctrina sobre un punto tan importante, descubrir el velo con que tratan los novadores de cubrir su astucia, vigilar con más cuidado el rebaño cristiano, y velar para que florezcan y cada dia se aumenten el estudio de la religion, la piedad de las acciones y la paz pública; esto es lo que debemos esperar de vuestra fe y de vuestra reconocida adhesion al bien comun, á fin de que con el socorro del Padre de las luces, podamos felicitarnos, como dice san Cipriano, *de que el error se haya comprendido y refutado, y que se haya reprimido por haber sido descubierto y puesto delante la luz.*

«Debemos además gemir, viendo hasta dónde precipitan los desvaríos de la razon humana, desde el momento que se entrega al espíritu de novedad, y que, contra el precepto del Apóstol, trata de *ser más sabio de lo que con-*

viene, y confiando demasiado en sí mismo, se persuade que debe buscar la verdad fuera de la Iglesia católica, en donde únicamente se encuentra exenta de la más ligera mancha; por cuyo motivo con razon se le llama *columna y el fundamento de la verdad*. Sin duda, creo que debeis comprender, venerables Hermanos, que hablamos tambien del peligroso sistema de filosofía, nuevamente introducido, el cual se debe reprobar, porque, arrastrado por un deseo inmoderado y sin freno por todo lo nuevo, sólo busca la verdad en donde realmente no existe, y olvidando las tradiciones santas y apostólicas, admite otras doctrinas vanas, fútiles, inciertas y no aprobadas por la Iglesia, y en las cuales creen los hombres insensatos que se apoya y sostiene la verdad.

Al paso que escribimos esto, en virtud del cargo y sollicitud que recibimos de lo alto para conocer, juzgar y conservar la sana doctrina, sufre mucho nuestro corazon por la dolorosa herida que en él ha abierto el error de nuestro hijo, no quedándonos otra esperanza en medio de la profunda afliccion que nos acosa, que la de verlo entrar de nuevo en los senderos de la verdad y justicia. Elevemos, pues, nuestros ojos y corazones hácia Aquel que es el guia de la sabiduría y el reformador de los sabios, y dirijámosle fervientes oraciones para que dando á nuestro hijo un corazon dócil y una alma generosa, que le haga comprender la voz de un padre tierno y afligido, se apresure á alegrar á la Iglesia, á vuestra jerarquía, á la Santa Sede y á nuestra humildad. En cuanto á nosotros, miraremos como un dia feliz y afortunado aquel, en que podremos estrechar contra nuestro paternal seno á este hijo descarriado, y confiamos en que á su ejemplo volverán en sí aquellos, á quienes haya inducido al error con su autoridad; de modo que en todos haya interés por el bien público y sagrado, unanimidad de doctrinas, perfecto acuerdo de resoluciones y union en todos los actos y proyectos. Con instancia os pedimos y con pastoral sollicitud aguardamos que uniréis vuestros votos y oraciones